

Diario del despeje

Crónica de un breve trabajo de campo

FERNANDO CUBIDES

31 de agosto de 1998

Fue la posibilidad del despeje lo que me decidió a aceptar la invitación de los directivos de la "Asociación Campesina Ambiental de los Ríos Losada y Guayabero". Era la segunda vez que me la hacían, y aun cuando estuve dispuesto a viajar en la primera ocasión, por los días de Semana Santa, los combates en Monterredondo, sobre la carretera a Villavicencio (que convirtieron en figura de primer plano al "Comandante Romaña"), con sus secuelas de tomas de rehenes civiles y las operaciones militares consiguientes, me disuadieron. Al fin y al cabo no tengo representatividad alguna, ni un proyecto de investigación en curso que justifique mi viaje en estos tiempos a una región conocida ante todo por la ostensible presencia de la guerrilla, por las ocasionales incursiones del Ejército y por los avatares del proceso reciente de colonización. Conocí a dos de los dirigentes de la Asociación con anterioridad cuando vinie-

ron a mi oficina del CES a dar a conocer los fines que se proponían, y me buscaron para que sirviera de intermediario y en procura de orientación sobre cuestiones ambientales; tenían referencias de un trabajo que habíamos hecho con la universidad hace cerca de diez años, cuando era el ente público al que nominalmente le correspondía toda la región que circunda a la serranía de La Macarena. El informe fue publicado en forma de libro, hartó voluminoso y, hay que decirlo, con un contenido muy heterogéneo y desigual. Hizo falta labor editorial, sentido práctico en la composición del texto, amén de corrección de estilo. Aún así el libro ha tenido una circulación lenta pero continua y ha obtenido cierto reconocimiento; leído hoy, algunos de sus capítulos resultaron predictivos, y sus conclusiones básicas han sido corroboradas por los hechos.

Ahora el viaje se llevaría a cabo junto con un periodista y camarógrafos del *Noticiero TV-HOY*, atraídos por

FERNANDO CUBIDES
Sociólogo, profesor del Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Colombia

testimonio

la posibilidad de hacerse a una primicia cubriendo mediante un recorrido extenso y una serie de entrevistas, las reacciones de los pobladores del área de despeje. El itinerario propuesto supone que, tras volar hasta el municipio de La Macarena, al extremo sur de la sierra, navegaremos río arriba por el Guayabero (un río tan ligado a la historia de las FARC que aparece incluso en los pasillos de Jorge Villamil) adentrándonos luego en el Parque Nacional Tinigua, y descender enseguida por el Caño Perdido y el río Losada, hasta un punto en la zona limítrofe entre el Meta y Caquetá que nos permita llegar a San Vicente de Caguán. El tiempo programado para el viaje es de siete días, contando con recorridos más puntuales para ver los planes de reforestación, conocer poblados que apenas se están formando y hacer entrevistas, asistiendo, tal vez, a algunas de las reuniones que la Asociación programe.

El vuelo, con escala en Villavo, es corto y sin novedades. Al arribar al flamante aeropuerto de La Macarena —una pista que el profano escasamente distingue de los potreros circundantes, y en la que el avión de Satena debe hacer un paso rasante antes de aterrizar para dispersar el ganado— tenemos la primera evidencia del tipo de conflicto que se ha vivido por acá: la requisita que adelantan de modo conjunto Ejército y Policía es minuciosa, y es menester identificarse cédula en mano. Como muchos de su oficio, el coronel que manda la patrulla conjunta presume de fisionomista: mientras que el aparatoso equipo de los periodistas (trípode, baterías, cámaras, cables, micrófonos y demás) y ellos mismos pasan indemnes, interroga sin embargo y con el mayor de los detalles a este cronista, pues tanto el aspecto, la indumentaria como la cartografía y algunas aerofotografías que vienen en el equipaje, le merecen

preguntas adicionales, cada una más suspicaz que la anterior. Si se limitara a preguntarme de qué lado de la guerra estoy, le respondería con sinceridad que, a pesar de todo, tiendo a estar del lado suyo, pero en cambio las preguntas suspicaces me desarmen, logro farfullar algunos datos que no suenan convincentes. Por fin, pasado el control, nos alejamos de la pista y nos reintegramos a la comisión.

Los preparativos estaban en marcha antes de nuestra llegada pero faltan todavía detalles y en tanto se ponen a punto, conversamos con algunos de los que nos acompañarán en el trayecto: dos de los funcionarios de la Corporación Regional de La Macarena que tienen por sede de trabajo el municipio, el piloto conocedor del río que nos llevará hasta el paso del raudal, y algunos vecinos. Surgen historias de pescadores y de cazadores, y todas parecen seguir un libreto conocido. El tigre, el león (así llaman por acá al puma americano) el manao, el güío, sus hábitos, alternan con anécdotas que hablan de la riqueza pesquera del río Guayabero, ya casi legendaria. También se intercalan impresiones de bombardeos que ocurrieron en las proximidades del pueblo la semana pasada. Cada uno tiene algo que contar de la noche aquella, pero las historias no denotan que los hubiera alarmado en demasía aunque los cogiera de improviso y en el pueblo no hubiera luz cuando ocurrieron. "Fue preventivo", dice alguien, y los demás asienten.

Estando en esas aparece un mensajero, viene a preguntar, de parte del director del Parque, si tenemos permiso de ingreso o permiso para filmar. Primera noticia de que se necesitara, sorpresa por la eficiencia de un funcionario que logra adivinar nuestras intenciones, que por lo demás no habían sido anunciadas, salvo a los pro-

pios que nos conducirían. Decidimos pues allegarnos a la oficina del director y tramitar lo que fuere necesario; comenzamos a hacerlo, persuadidos todos de su inocuidad, y en papel corriente pues no hay el formato requerido, cuando la lectura detallada del decreto, nos informa que no era necesario tal permiso: allí mismo se habla de que "en aras de la libre información y por motivo de interés público..." etc., los periodistas pueden hacer su trabajo sin permiso alguno. De todas maneras, el director del parque había modulado con la mayor suavidad el requerimiento, y en su actitud daba a entender que es del todo consciente de que la suya es apenas una sombra de autoridad, una autoridad espectral. Como todos los parques del llamado Sistema de Parques Naturales, éste está muy afectado por la colonización, y es zona de tránsito, cuando no retaguardia de varios frentes guerrilleros. No puede ser más flagrante la contradicción entre las finalidades preservacionistas de la norma que los crea, y la realidad de una ocupación intensiva reciente, de una deforestación acelerada. El director del parque, en el mejor de los casos apenas puede hacer unos cautos recorridos por los alrededores y se mantiene atrincherado en su oficina, con sus subordinados. Esfumada la oportunidad de ejercer los visos de autoridad de que dispone, nos despedimos en buenos términos, no sin hacerle una breve entrevista en la que a título de consuelo expone algunos datos sobre el parque.

Antes de embarcarnos, el periodista hace varias entrevistas: al alcalde, a algunos de los viandantes -uno de ellos se asusta y sale a la carrera, no sé de fijo si por la cámara y los micrófonos, o por la inevitable pregunta sobre el despeje-. Las respuestas, todas, denotan cautela, podría decirse incluso diplomacia. De no ser por la

espontaneidad y la emoción sincera que les producen las cámaras, se pensaría que los entrevistados se hubieran puesto de acuerdo; apenas hay matices. Son las típicas respuestas en las que el énfasis está en el "si" condicional... En algunas de las charlas colaterales aparecen los "paras" como otro espectro: Mapiripán está lejos de aquí, Vistahermosa también, tenemos suficientes evidencias de que el poder que ejerce la guerrilla por acá es incontestado, pero la referencia intermitente a los "paras" me comprueba que, para decirlo con pedantería, "están en el imaginario político de los colombianos".

El motorista es Pedro, un diestro conocedor, criado a orillas del Guayaquero, que ahora remontamos río arriba a buena velocidad. Hasta ayer había paso por el raudal (Salto de Angosturas, figura en el mapa) y estando todavía en invierno el resto del curso no tiene mayores dificultades de navegación. Al llegar al raudal, los ojos expertos dictaminan sin embargo: no hay paso. El río viene muy crecido por la lluvia: ni los más conocedores se atreverían a pasarlo así. La solución: pernoctar aquí e intentarlo mañana. El albergue de doña Saturia está hecho para eso, y la contingencia es rutina para ella. Fuerte, bajita, membruda, no se deja impresionar por comisión alguna, y despliega tal actividad en la cocina que en poco tiempo ella sola daría abasto para alimentar a una legión de comisiones. La comitiva se va compenetrando, las dificultades y las expectativas del viaje nos irán amalgamando, y la conversación no decae a la hora de la comida; las historias de cazadores y pescadores han sido reemplazadas por historias de guerra: se comentan las recientes acciones de guerra y en la concurrencia prima la admiración por el "Mono Jojoy", por su astucia operativa. Incluso cuando

parece que se lo descalificara, lo que subyace es pura admiración: "Es que ese "Mono Jojoy" sí es puro malo...", rubricado por una sonrisa. El otro gran tema de conversación que surge es el de la corrupción, son tantos los datos, personajes y anécdotas que se traen a cuento que el efecto es desmoralizante, lleva al fatalismo y al conformismo con la cosa. Las historias guerreras también cansan: todas dan a entender que el que no está en la guerra es un pobre diablo. Se pernoca bien: el fuerte rumor del río es el mejor de los sedantes, arrullo para el viajero, compensa de sobra el frío de la noche para el que no veníamos del todo preparados.

1° de septiembre de 1998

- "¡A pizarrear!" Amanece y el río sigue crecido, por lo visto llovió más anoche en las cabeceras. La palabra no deja dudas: se trata de remontar un trayecto por la orilla rocosa, haciendo rodar la lancha sobre troncos, tras haberle quitado el motor. No es pizarra propiamente la roca sobre la que rodamos, parece más bien basalto o roca granítica, en todo caso piedra muy dura, hasta el más despistado de los hombres de ciudad llega a comprender la manera de hacerlo, pero el hombre de ciudad sólo puede aportar fuerza bruta; en realidad la labor es muy exigente, y la escogencia de los troncos tanto como el balanceo necesario, el nuevo punto de botada, y los amarres indispensables para que a la lancha no se la lleve el raudal, son cosa de expertos. Reembarcamos en fin, adelante del raudal después de un trayecto por trocha, los motoristas cuentan su aventura del cruce del raudal con la lancha sin pasajeros, y se hace un conteo de los ahogados recientes por la fuerza de las aguas. De aquí en adelante el motorista será "Chaqueto", el presi-

dente de ASCAL-G (Asociación Campesina Ambiental de los Ríos Losada y Guayadero), sigla con la que, aunque no muy eufónica, poco a poco nos iremos familiarizando; ellos mismos la emplean con sentido de novedad, como si la paladearan. En cuanto a "Chaqueto" por momentos parece preferir el apodo, pues algunos de sus homónimos no le hacen gracia: Carlos Castaño, hasta hace poco "director del sistema de parques nacionales", y, claro, el más conocido, el líder de los "paras".

Avanzamos a partir de aquí con más lentitud; no sólo el motorista es algo menos experto, sino que además es muy cuidadoso: viajamos con su joven esposa que tiene tres meses de embarazo. Terminamos por saberlo, pues desde el principio le ha prodigado atenciones, y la trata con una delicadeza que conmueve, entre otras por lo inusual. Siendo la tala, corte y extracción de madera la actividad económica principal en estos contornos, el papel de la mujer es del todo subalterno, a diferencia de lo que ocurre en otras zonas de colonización. Las uniones son inestables, me cuentan, y no es infrecuente que la mujer tome la iniciativa de abandonar el hogar; por aquí el machismo se da silvestre, y se nos aparece como la ley de la vida. ¿Qué dirían mis colegas del Grupo Mujer y Sociedad del CES, pienso yo, al saber que en el lenguaje del colono de esta zona a la cónyuge se la llama simplemente "la guisa"? Ellas, que no hace mucho organizaron un seminario con un título que en principio me pareció inescrutable: "Sustentabilidad ambiental y perspectiva de género" tal vez no se sorprendan de saber que aquí impera para la mujer el mismo término despectivo que utilizan los muchachitos de los colegios de élite, aquellos que alardean de su machismo bilingüe en un *graffiti* del canal de

la calle 127 en Bogotá: *"fucking guisa: it's so delicious!"*

El motor es apenas de 40 H.P., la canoa va bien cargada, y tal vez "emproada", recargada hacia la proa. Recorremos el curso sinuoso del Guayabero, trato de cotejar las aerofotografías –de 1986– con el estado actual del desmonte a lado y lado de la rive-ra, con poca fortuna pues cuando creo reconocer un sitio ya hemos pasado por él. El viaje es fatigoso, lento, se suman nueve horas de navegación al final de la jornada. Por el camino, en uno de los puntos más antiguos de poblamiento, la vereda El Tapir, recogemos, no sin titubear, a dos pasajeros que nos han hecho señas: son los jóvenes profesores del internado que funciona aquí. Uno de ellos, Nicolás, resulta ser alumno de Sociología de la Nacional, la otra también es estudiante de la universidad. Caigo en la cuenta que en esa vereda y en ese oficio de profesora rural es que tuvo su experiencia de campo, en un convenio que tiene con la comunidad la Asociación pro Defensa de la Macarena, Claudia Leal, economista, y su publicación como libro (*A la buena de Dios*, FESCOL 1995) es ahora una de las referencias obligadas de la literatura regional.

Dado lo alto de la ribera respecto al curso del río, no es mucho lo que se vislumbra del poblamiento, como para haberlo comparado con el croquis, y la detallada descripción que hace Claudia de la vereda, pero los indicios de desmonte son claros: algunos desbarranques, vegetación menos exuberante en las orillas, huellas de ganado.

Pese al cansancio, y a la monotonía del trayecto, en algún momento creo reconocer la desembocadura del Duda, otro río célebre.

Por fin llegamos a la "ranchar" de don Lino, uno de nuestros acompañantes y anfitriones. La mezcla de los géneros subraya el afecto. Es una

buen construcción de dos pisos, sólida, en la que se ve a leguas lo cuidadoso de la escogencia de las maderas; una construcción que en su solidez y en los detalles de su acabado, denota la intención de echar raíces. Está a la orilla de uno de los brazos del curso alto del Guayabero, no muy lejos de la desembocadura del Papamene. Lo caluroso de la recepción de su familia, y el atractivo de la celebridad mediática que para el caso es el periodista-presentador, no impide que pasados los saludos y la novedad, la familia se concentre en el capítulo correspondiente de "Paquita Gallego".

2 de septiembre de 1998

Fue una buena noche la de anoche. Ahora, tras el desayuno, las fotos de recuerdo y las despedidas, salimos a coger la trocha. Hay todo tipo de cabalgaduras. Algunas sillas, un caballo, la mayoría machos y mulas en enjalma que conocen la trocha, y por eso no parecen necesitar freno ni cabestro. Vamos en dirección sur, hacia el corazón del parque Tinigua, la siguiente estación es la finca de "Chaqueto". La trocha por momentos es difícil, el invierno ha sido duro y la "trilla" del acarreo de madera, ablanda más el terreno. Las mulas evitan los malos pasos yéndose por el rastrojo, o por un paso menos transitado, entre bejucos y ramas y los más inexpertos, encaramados en mulas ingobernables, sufrimos raspones, magulladuras, caídas, que no aminoran el paso pues el asunto es recuperar el tiempo perdido en el raudal y la meta sigue siendo San Vicente de Caguán. Se van haciendo menos evidentes las huellas del desmonte, sólo de cuando en cuando se escucha una moto-sierra, o hay claros en el monte, en los que se ve el "releseo" (el aprovechamiento de derribes anteriores). La riqueza principal que se ha estado

extrayendo es el cedro o carrecillo; aun los ejemplares que se desecharon en los primeros derribos, muestran buen grosor. La trocha tiene unos cinco años, lo que coincide con los primeros informes acerca de la bonanza maderera. El único encuentro en las tres horas y media que dura el trayecto, es con una pequeña recua que trae unos pocos bancos o toletes de cedro ya cortado.

En la finca de "Chaqueto" vemos sus nacederos. Nos explica en detalle (paciente ante la banalidad de muchas de nuestras preguntas) la forma en que se "fundó", cómo escogió su finca: los caños veraneros lo decidieron a escoger el sitio. Buen conocedor de las huellas de distintos animales, su instinto de cazador a flor de piel ha quedado patente en la forma en que por el camino nos descubría las huellas de los distintos animales. Bien asentado de un golpe certero en un tronco, junto al principal nacedero ha dejado su primer machete a modo de símbolo. Viene de San Luis, Antioquia, pero se siente bien aquí, y en los retazos de conversación ha dejado ver que conoce bien el país rural; trátese de los alrededores del lago Calima, o del norte del Cauca, del Magdalena Medio o de Arauca, las distintas etapas hasta llegar aquí, se van hilvanando. Con intuición para los simbolismos, como con el machete, en su gusto por la música, que nos hace escuchar y que canta a medida que suena la pequeña grabadora, aparecen al tiempo los joropos, instrumentales, y el vibrante son montuno "A caballo vamos p'al monte" pues le parece que éste canta a su obra colonizadora. Cuando preguntamos por el vivero que dé cuenta de su interés por la reforestación, nos dice que es común, y que está en otra vereda: lo que puede mostrar en su finca es que ha sembrado varios frutales, hay algunos cedros de uno y dos años de

sembrados, y el borojó, del cual se sabe que tiene una buena demanda en estos tiempos. "Estoy fundado en el puro corazón del parque", reitera. Su casa es más reciente, de un solo piso, pero como casi todas las que iremos encontrando, con detalles de construcción y de menaje que denotan una escogencia cuidadosa de la madera, una adaptación al clima y a los recursos de la zona. Tiene potreros, comprados a un vecino, asegura, pero no tiene ganado. Y mirado en el mapa, geográficamente, este punto además es el corazón del área del despeje sobre la que machacan los noticieros estos días.

La pausa del mediodía y el almuerzo preparado con exquisitez y carne de monte, son breves para retomar la trocha, pues la jornada nos debe llevar hasta "Aires del Meta", uno de los núcleos que se ha estado formando recientemente. Tres horas más de mala trocha en medio de una vegetación espléndida y sobre mulas resabiadas en la carga de bancos de madera que a medida que se cansan se hacen más indóciles para el neófito, y a algunos terminan por tumbarnos. Con dolor aprendemos que la imprecación "maldita mula h.p.", hay que lanzarla, pero antes de que la mula lo haya tumbado a uno.

El nombre de la vereda por cierto además nos dice que en esta zona hay una indefinición en los límites entre el Meta y Caquetá, y que es la gente la que escoge identificarse. El epicentro es la escuela y la cancha de fútbol. El mapa veredal que está en la escuela muestra 26 predios identificados con el nombre del propietario, y fundos de 2.000 has. en promedio según estimación gruesa. Los estatutos de la Asociación hablan de un máximo de 200 has. pero la diferencia ha de estar entre el área cultivable, o el potrero permitido y el rastrojo, deduzco. El descanso es bienvenido,

pues además está en la vereda una brigada de salud, es la primera vez que se adentra por aquí y es la oportunidad para un chequeo gratis de nuestras magulladuras y de los achaques que van apareciendo. Hay una buena concurrencia, pero no con motivo de nuestra llegada. La zona es llana con algunos escarpes. Se produce un relevo en nuestros baquianos, ahora estaremos a la orden de Filomeno, todo un personaje veredal, todo un anfibio. Alardea de moverse con la misma destreza en la selva que en los pasillos de la cumbre de gobernadores o de cualquier dependencia ministerial por encumbrada que sea. Muchos datos que vamos hilando por el camino nos confirman que el alardeo no es en vano: de todos los dirigentes de ASCAL-G es el que mejor se sabe mover en el mundo institucional, y el que mejor partido saca de ayudas, promesas y planes gubernamentales.

A la hora de la sobremesa se forma una especie de tertulia y el interrogante principal que hacemos los forasteros es cómo piensan controlar el arribo de nuevos colonos, algo que aparece en los estatutos de la Asociación, impecablemente redactados, santanderistas. ¿De qué manera garantizarán esa exclusión? La respuesta la tienen a flor de labio, pero no resulta convincente: una de las expresiones más recurrentes de su parte es la de consenso: "Si hay un consenso entre nosotros no tiene por qué venir más gente", fue la frase con la que se quiso zanjar la discusión. (Luego, al revisar las notas de mi diario, se me ocurrió la pregunta impertinente pero del todo necesaria sobre qué harían los directivos de la Asociación en caso de que por razones políticas y militares la guerrilla decidiera estimular la colonización a raíz del despeje o de algunos de sus desenlaces. Me prometí hacer la pregunta

más adelante, pero apenas ahora, al escribir estas notas, la vuelvo a recordar).

Se pasa luego a otras historias de la gente de por aquí, y una llama mi atención: la del sicario venido de Medellín que no tuvo éxito en fundarse, pese a que recibió ayuda cuando lo vieron despistado y desadaptado: hizo su desmonte, reivindicó la propiedad del fundo al que aspiraba, pero no construyó vivienda ni sembró nada, desapareciendo un buen día sin despedirse. Sólo dejó la carpa en que se alojaba, hecha ya jirones. Por cierto, y es característico, que carpa y no cambuche, es la primera vivienda por aquí, según varios relatos.

Los periodistas hacen su oficio, pero en los preparativos asisto a un amistoso forcejeo entre los dirigentes acerca de las tomas y entrevistas televisivas que luego las propias entrevistadas, y la manera en que orientan al camarógrafo y aconsejan al periodista, me demuestran lo que era fácil intuir: en el corazón del bosque húmedo tropical hay la misma clara conciencia sobre el poder de la imagen, que en el seno de cualquiera de los círculos del gran poder económico de la metrópoli. La diferencia está apenas en el poder que tienen, y en el grado de sutileza para controlar la emisión de las imágenes que ofrecen. Pernoctamos en la escuela, y antes de caer rendidos asistimos a una pequeña danza de los millones: de una hamaca a otra Filomeno delinea con uno de los funcionarios toda una estrategia, presionando aquí, alegando más allá, para obtener nuevos recursos con destino a varios planes veredales. Una pequeña lección de picaresca criolla.

3 de septiemde de 1998

La partida se demora pues se están haciendo las tomas de las entrevistas, y ante la ineludible pregunta: "¿Y de

la coca qué?”, fuimos a ver un plante cercano. Relativamente cerca de la zona habitada, es un parche en medio de una zona de bosque. Al llegar se hace la entrevista, pero la toma no tiene la espectacularidad necesaria, pues apenas hay plantas pequeñas, algo enmalezadas: es un plante abandonado, y el periodista decide que frente a imágenes de cultivos exuberantes que ahora son fáciles de conseguir, éstas no son importantes, así es de que se graba tan solo la entrevista. El dueño del plante, pequeño, bromista, se bate bien ante las preguntas.

Por fin después de muchas despedidas estamos listos para partir cuando anuncian el almuerzo. Las cabalgaduras son un poco mejores que las de ayer, por lo menos tienen silla y freno, y a simple vista parecen menos resabiadas. El almuerzo es rápido pues va apareciendo clara la discordancia en nuestras percepciones: ellos están interesados en que recorramos el mayor trayecto posible, no importa el tiempo; y nosotros vamos acosados por el tiempo. La relatividad consiste aquí en que no se sabe todavía en qué punto se cruzarán la equivocada percepción del espacio que tenemos los ciudadanos, con la deliberada equivocación sobre el tiempo que ellos nos ofrecen. Pero ahora haciendo las cuentas queda claro que a sabiendas nos han dicho menos tiempo para cada trecho que recorrimos con el fin de no desanimarnos de entrada; pero la cosa no resiste más si se quiere recorrer el camino propuesto y estar de regreso el sábado en Bogotá. De nuevo la trocha, fangosa, difícil, sobre un terreno de arcilla que deja manchas en la ropa que ni el blanqueador más fuerte borrarán después; pero al poco tiempo hay la posibilidad de detenernos a mirar la zona reforestada: una pequeña vertiente de unas 4 has., en donde se pueden ver

cedros jóvenes, frutales, un platanal abandonado. Es palpable para quien lo haya dudado que así sea buscando un efecto-demostración, hay aquí como propósito común ver las ventajas de la reforestación a pequeña escala. Para que no dejemos de apreciarlo en lo que significa, Filomeno nos lo explica con detalle y da ideas para el libreto; se cerciora de que el camarógrafo y su asistente hagan las tomas más importantes y anoten en su bitácora los nombres correctos, hay piña, hay borojó, hay cedro sobre todo, y en apenas dos años la naturaleza ha vuelto por sus fueros: el bosquecito se va tupiendo.

De ahí en adelante, vamos todo lo rápido que el camino permite: se trata de llegar a “El Rubí”, que nos lo han pintado como un pueblo nuevo al que ya llega carretera.

4 de septiembre de 1998

“¿Qué diablos hago yo aquí?” La pregunta es para mí inevitable pues hasta ahora, fuera de mis observaciones, no he llevado a cabo nada de lo que me propuse. Ha sido un viaje frenético; y el grueso de la iniciativa y del atractivo ha estado en lo que logren hacer los hombres de la T.V. Todo en este viaje ha estado en función de esas imágenes.

La insatisfacción no sólo proviene de que me vea reducido a acompañante o comparsa de los hombres de T.V., de que a ojos de todos los que nos encontramos sea una especie de testigo impertinente. Es sobre todo a causa de lo escéptico que soy frente al ecologismo del que hace gala la Asociación. En dos oportunidades anteriores, sin habérmelo propuesto, he servido de mediador, junto con otros colegas, para tratar de reconciliar los fines de la norma con la realidad de la ocupación. En ambas he visto naufragar toda una

flotilla de buenas intenciones. Hay que ver el entusiasmo que le pusimos a lo que creíamos en su momento que era "el modelo Caguán", cuando ese río y el poblamiento de sus riberas apenas comenzaban a figurar. "Ingenuos", nos dijeron, y éramos ingenuos.

Hay que ver lo que es el Caguán ahora. Recordaba también cuántas energías aplicamos para que la Macarena recibiera un tratamiento distinto del que se le aplicó, y para que hubiese una concertación, y un punto de encuentro entre el preservacionismo y las necesidades elementales de los colonos, para comprobar después que ninguno de los problemas se ha afrontado, no han hecho sino intensificarse.

El ecologismo ha sido en esos casos el preludio de la abolición de una norma obsoleta frente a la realidad de la ocupación, pero la ocupación se ha intensificado luego de abolida sin freno ni control alguno, la guerrilla ha incrementado su poder territorial, y todo ello ha sido la antesala de una intensificación de la guerra.

No parece haber mucho ambiente aquí para aplicar la ley de reservas campesinas (160 de 1.994) cuya paternidad se debe sin duda a Alfredo Molano, y que se hizo pensando en estas regiones. Una mini-reforma agraria a la medida de las zonas de colonización reciente, que no se ha aplicado todavía en los cuatro años que lleva de promulgada. Molano, consejero especial para el tema en el gobierno, y la Asociación que promovió han buscado aplicarla sobre todo aquí, pero han tropezado con toda suerte de resistencias, abiertas unas, soterradas las más.

He querido tener la disciplina del diario de campo, recojo puntualmente lo que me parece digno de anotar; teniendo siempre presente mis modelos clásicos para el género: sobre todo las

enseñanzas de Levi-Strauss en *Tristes trópicos* en ese formidable capítulo –que siempre hago leer a mis estudiantes cuando emprenden un trabajo de campo– en que con el título "Un vasito de ron", nos resume sus orientaciones etnográficas y nos conecta con Rousseau, "el más etnógrafo de los filósofos", y un autor dilecto para mí. Más que las lecciones prácticas o la disciplina del diario de campo, lo que he querido asimilar y ratifico en cuanto puedo es esa "curiosidad plena de simpatía por las costumbres campesinas y el pensamiento popular" en que uno y otro nos aleccionan. No he perdido esa simpatía básica, lo difícil es aplicarla en una zona de colonización en que las costumbres campesinas apenas subsisten, en que hay tanta movilidad, en que tantas regiones se mezclan, y varias épocas se superponen sin un patrón reconocible.

El líder campesino que nos recibe en El Rubí, que será nuestro anfitrión y uno de los fundadores del poblado, nació en Medellín, y a todas luces no es un agricultor. Todo esto lo vamos sabiendo en charla informal "off the record". Toda su experiencia es la del aserrador, arriero de mulas por trochas de monte, y comerciante de madera. Su etapa anterior fue Arauca (recordé que en los últimos informes que escribió Alfredo Molano sobre la región identificaba a "los araucanos" como los más activos comerciantes de madera, pero no porque fueran araucanos de origen sino porque allí lideraron la explotación de la "tolúa", como se llama por allá al cedro, hoy casi acabado en esa zona). Su casa es amplia, bien hecha, de dos pisos, y es la única construcción en la ribera derecha, junto con un embarcadero de madera. El Rubí está en la otra ribera y ya va adquiriendo fisonomía de pueblo aunque no tiene plaza, ni iglesia, consiste en una calle larga, cruza-

da por otras dos, al final de la cual está la escuela. Tiene un comercio muy activo, y aunque incipiente como poblado, denota esmero, limpieza, labor compartida. Y el virtuosismo ya anotado en el trabajo de la madera. Frente a otros que he conocido recién fundados (Remolinos del Caguán, Puerto Toledo sobre el Güéjar, Puerto Concordia sobre el Ariari, y varios más) revela de entrada una preocupación más consistente por el bienestar común: la escuela está bien construida, el puesto de salud tiene la dotación mínima, y, bueno, lo que venimos a ver: la sede de la Asociación Campesina y el lote que la circundan, hechos recientemente y con consignas y un aviso destacado, dejan clara la voluntad que hay detrás, el ánimo pionero y fundacional con el que se han construido. "No talar desmesuradamente" dice una de ellas, y el relativismo del adverbio, llama mi atención. Para tener apenas tres años desde que se comenzó, y para las distancias que lo separan de San Vicente o de cualquiera de los epicentros regionales con los que se lo pudiera relacionar, es mucho lo que se ha avanzado; definitivamente no es un pueblo-campamento, sino un pueblo con vida propia desde el comienzo. El poblado, junto con los 47 kms. de carretera que ya han construido, son el principal orgullo de los fundadores. Para escoger el sitio del pueblo hubo una especie de referendo entre las veredas; en cuanto a la carretera, no niegan que atraviesa el parque, pero es su gran necesidad si quieren estabilizarse.

Concordia, San Luis, Medellín, Puerto Nare, son los puntos de procedencia más mencionados; a simple vista en este frente de colonización predomina todavía la gente de Antioquia, y nosotros, lectores de Ospina Vásquez y de Parsons, que creíamos que era un asunto de los libros de

texto, o de las caricaturas del colono al estilo de "Zoociedad", tenemos que admitirlo: "the antioqueño colonization" está vigente.

"Por aquí todo está muy despejado, como puede ver" responde un colono con socarronería ante la ineludible pregunta sobre el despeje. Y subraya con un gesto de la mano lo que quiere decir, la respuesta para el buen entendedor tiene doble significado: tanto que el desmonte no tiene reversa, como que no existe otra autoridad que la que ellos mismos se den, o hayan aceptado por que a todas luces les conviene. Por aquí el tal despeje no entrañará novedad alguna. "¿Y la guerrilla?" pregunta uno para seguir pecando de obvio: "Si acaso por el camino se la encontrarán" nos responde. Si además de la obviedad, pecara uno por dar crédito sólo a lo que ve, la guerrilla no tiene presencia en la zona; pero en verdad su poder es notorio y las alusiones no dejan duda. Cuando se habla del acatamiento a las restricciones sobre la caza y la pesca, cuando se refieren a los litigios de linderos que pudieran surgir, cuando se menciona el tope de 150 bancos (o toletes) de cedro por mes como cuota para cada colono, cuando el comerciante de madera alude apenas -pero con evidente satisfacción- a la seguridad y a las garantías para su actividad, cuando se protocolizan ventas de los fundos cuya posesión reclaman mediante un acta que se levanta en la Junta de Acción Comunal de la vereda... en fin, cuando los actos comunitarios o de intercambio requieren el respaldo de una autoridad.

A diferencia de lo que ocurre en los cascos urbanos de los municipios a despejar, en donde predomina la incertidumbre, para los habitantes de estas zonas el despeje, que no implica ningún cambio en lo cotidiano, equivale a reconocer *de jure* lo que ya

existe *de facto*, como si por momentos se resolviera la vieja dicotomía de Montaña Cuéllar, país formal, país real. Y equivale, a no dudarlo, a una victoria neta de la guerrilla, y así lo comentan, *off the record*, claro está, con un claro dejo de orgullo.

Los periodistas hacen su trabajo, y llevan tras de sí a un corrillo de niños que no se quieren perder ninguna de las tomas ni de las entrevistas. Tras una serie de tomas sobre el trabajo de aserrar madera, al rayo del sol del mediodía en un sector tan desmontado que no hay una sombra, salvo la de un tocón bajo el cual nos vamos turnando, y mientras se evapora la humedad de la cámara que ha impedido grabar, se imparten algunas nociones sobre el manejo de la cámara que la Asociación acaba de comprar para producir sus propias imágenes. Deliberamos sobre el recorrido que falta, y pareciera que, bajo este sol de justicia, las distintas percepciones del tiempo y del espacio se van a encontrar por fin; hacemos cuentas, nos sinceramos con nuestro anfitrión y con nuestro baquiano sobre lo que falta hasta San Vicente del Caguán, y descubrimos que en el mejor de los casos estaríamos llegando el domingo... hasta San Juan, puerto sobre el Losada, faltan por lo menos nueve horas en lancha, y cuatro más por carretera, sin contar con ningún retraso; la cosa puede ser más larga, aunque más segura, por trocha. "Imposible" acepta por fin Pacho, que insistía en llegar a San Vicente a hacer nuevas entrevistas; debe emitir el primer informe especial el sábado, y eso significa que no puede llegar más tarde de la 1:00 p.m. si quiere editar y preparar la emisión.

Se impone entonces el regreso por La Macarena por una ruta distinta a la que nos vinimos. Abreviamos las despedidas, una nueva serie de fotos de recuerdo, y a la lancha, a todo lo

que pueda el motor. Vamos ahora bajando por el Caño Perdido, que en esta época de invierno es todo un río; empataremos con El Losada, y luego por el Guayabero hasta el municipio de La Macarena. Aguas abajo la lancha va a una buena velocidad, y vamos bien advertidos de lo que hay que hacer en caso de que nos encontremos con una lancha que sube: tirarnos al piso. Siendo el curso del caño muy sinuoso, y rápida la bajada, los encontrones ocurren con alguna frecuencia, y lo que los lancheros hacen cuando es inevitable es tratar de pasar por encima de la otra lancha, un deporte de alto riesgo, claro está.

Pero el viaje es tranquilo, y sólo nos encontramos con una lancha que venía despacio. En un recodo, la lancha hace un círculo ancho para regresar: han hecho una señal. Nos despabilamos del adormilamiento, y en el sitio más alto de la ribera que hemos visto ahora y ya en curso del Losada, dos hombres armados nos esperan. "Son de la móvil" nos tranquiliza el lanchero, y al acercarnos nos recibe "El Tío", un comandante guerrillero, todo sonrisas. Lo raído del pantalón verde oliva contrasta con la cartuchera de la pistola y los arreos de cuero, que se ven de calidad. "¿Cómo les fue?" es el saludo. "Vaya, ésta sí es móvil" pensé para mis adentros: nos habían sugerido un encuentro por la ruta de salida que teníamos inicialmente, y nos los hemos encontrado por la que decidimos a última hora. Frases amables, y casi de rutina, naturalidad. Pero sus palabras, sin ser intimidatorias, sí revelan que ha seguido al detalle lo que hicimos. Ante la insistencia, leve, de Pacho de ejercer su oficio y pedirle la entrevista, "El Tío" se niega y añade con modestia: "Si lo ven a uno después en el pueblo cuando baje de civil, le echan mano". El argumento, me parece, tiene su to-

que de coquetería masculina; la razón principal la añade después: "Tenemos gente para que dé declaraciones. Ahora no es cosa de que cualquiera vaya por ahí diciendo lo que se le ocurra". Ante esa formulación del principio de autoridad y de la división del trabajo, y de su noción del momento político, no se insiste más. Se intercambian algunas frases sobre lo positivo del despeje. "El Tío" pregunta en fin cuándo se emitirá el noticiero, y expresa un apoyo rotundo a ASCAL-G. Estrechar las manos a modo de despedida es un gesto sincero de parte y parte.

El retorno hasta La Macarena no trae novedades.

5 de septiembre de 1998

- 8:00 a.m. En el aeropuerto, mientras esperamos el avión, llegan casi al tiempo, un mensajero del director del parque, a pedir el pago del valor de la entrada, y don Pacho, un colono de Concordia Antioquia que se fundó por aquí en los años sesenta, y que habiendo sido entrevistado por Pacho en los programas que hizo sobre La Macarena a comienzos de año, vino a saludarlo visiblemente agradecido. Nos cuenta entre otras que por fin tiene escrituras de pro-

piedad, para poderle dejar a los hijos lo trabajado.

- 7:30 p.m. Se emite el primer "Informe especial sobre La Macarena" en el *Noticiero T.V Hoy*: dos minutos y medio de duración. Los combates en Montecristo y en Tisquisio (Bolívar) son la noticia principal.

6 de septiembre de 1998

- 7:30 p.m. Segundo informe especial sobre La Macarena, de algo más de tres minutos de duración. Los siete días de viaje (211 km, sumando trocha y río, según mis cuentas) se resumen en esos cinco minutos y algo más de despliegue informativo. Aunque Pacho nos había hecho la consabida advertencia sobre el tiempo de la TV, no puedo evitar cierta decepción: el tiempo que le asignaron a los goles (y fueron 20 los de esta jornada futbolera) fue de 9 minutos. Tal vez en esa mezcla indiferenciada consista la postmodernidad, pienso. Luego me entero que los voceros de los colonos y los habitantes de cada uno de los puntos que recorrimos se reconocieron en el informe sintiéndose bien representados. No se trata de encuestas o mediciones de audiencia, son los ecos que llegan, "Radio bamba", pero no son menos verídicos.

